

## LA JAE PEREGRINA

POR

FRANCISCO JAVIER DOSIL MANCILLA

Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana

---

*La JAE resulta esencial para comprender y valorar la aportación de los profesores exiliados, ya que marcó decisivamente el rumbo y el alcance de sus trayectorias profesionales. No pocas veces determinó también sus destinos, al verse beneficiados en el destierro de los contactos que gracias a la JAE habían establecido con grupos de investigación extranjeros. Aunque desapareció con el franquismo, su espíritu se mantuvo vivo en los exiliados y viajó con ellos a sus países de acogida, donde resurgió en interesantes iniciativas institucionales.*

PALABRAS CLAVE: *JAE, exilio republicano español, científicos exiliados, América Latina.*

---

«Por poco liberal que uno sea [en España], o está en la emigración o de vuelta de ella, o disponiéndose para otra»<sup>1</sup>. Cuando Mariano José de Larra escribía estas palabras, en 1835, aludiendo al éxodo provocado por Fernando VII al recuperar el trono tras el fulgurante Trienio Liberal, no podía ni sospechar de su trágico valor premonitorio. ¿Quién iba a pensar entonces que un siglo después, un nuevo éxodo, provocado esta vez por la victoria franquista al finalizar la guerra civil, iba a marcar con fuego el destino del pueblo español, echando por tierra varias décadas de desarrollo que por su esplendor son conocidas como la Edad de Plata de la cultura española? En efecto, más de medio millar de ciudadanos debió abandonar el país en 1939 por oponerse a una dictadura que era además el preámbulo del despertar fascista que no tardó en desencadenar una nueva guerra mundial. Las consecuencias que tuvo para España este destierro fueron desoladoras, pues más allá de su magnitud, supuso la expatriación de la plana mayor de la intelectualidad y de la ciencia española. No en vano, cerca de la mitad del profesorado universitario debió abandonar su puesto tras un proceso de depuración que supuso para los más afortunados el destierro<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> LARRA, 1990: 364.

<sup>2</sup> GIRAL, 1994: 21.

Un simple listado de estos profesionales expulsados de España bastaría para comprender que, trabajando en un proyecto común, hubiesen constituido el foco que cualquier país necesita para situarse en la vanguardia de la ciencia y la cultura. Este hecho extraordinario en la historia de España no se dio por casualidad; fue el valioso producto de un complejo proceso histórico que se inicia en el último tercio del siglo XIX, con los esfuerzos e iniciativas de diversos intelectuales y políticos conducidos por los ideales krausos-institucionistas. La transformación no podía ser más radical: en pocas décadas, el país se fue sacudiendo —aunque nunca del todo, como se veía en 1936— de los prejuicios carpetovetónicos que tildaban lo español, por esencia, de incompatible con el pensamiento analítico y la investigación científica, y se convirtió en crisol de profesionales de primer orden en prácticamente todas las esferas del saber.

La institución que canalizó y materializó estas aspiraciones progresistas fue la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), constituida en 1907, a través de dos acciones principales: apoyando con becas la formación especializada de los estudiantes más aventajados en el extranjero, y abriendo espacios académicos —mediante la creación de nuevos centros de investigación o mejorando la gestión de los ya existentes— donde los becarios pudiesen verter a su regreso al país los conocimientos adquiridos<sup>3</sup>.

La JAE cumplió con tal suerte su cometido que no tardó en convertirse en la imagen misma del proyecto modernizador que muchos reclamaban para España y que el frente republicano asumiría como bandera. Por este motivo no debe extrañarnos que su vida siguiese los mismos derroteros que la República. Al finalizar la guerra, el franquismo procuró arrogarse la idea mediante la creación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, una versión desnaturalizada de la JAE<sup>4</sup>. Mientras tanto, como la misma República, el espíritu de la JAE se mantenía encendido en los expatriados y con ellos se trasladó a sus países de acogida.

No deja de resultar curioso que una institución que alimentó tantas vocaciones profesionales en el extranjero terminase por perder sus raíces y hacerse ella misma viajera. Esta JAE peregrina es el objeto de estudio de este trabajo. Consta de tres partes; en la primera se analizará cómo la JAE sirvió a muchos exiliados como salvoconducto para incorporarse a sus patrias de adopción; en la segunda se intentará demostrar que el gran enriquecimiento cultural que supuso el exilio republicano para los países de acogida fue el fruto más maduro de la JAE; finalmente, se estudiarán cuatro proyectos inspirados en la JAE en los que estuvieron implicados exiliados. No supone mera retórica admitir que este trabajo es una primera aproximación a un tema que desborda nuestras posibilidades actuales; y es que hablar de la JAE peregrina, en su sentido más amplio, es referirse a la mayor parte de las contribuciones de los profesores exiliados.

<sup>3</sup> GÓMEZ ORFANEL, 243 (Madrid, 1976): 30-35. LAPORTA *et al.*, CXXVII / 499 (Madrid, 1987): 9-31. SÁNCHEZ RON, 1988: 5-21.

<sup>4</sup> SANTESMASES y MUÑOZ, 16 (Madrid, 1993): 75-76.

## 1. LA JAE, UN SALVOCONDUCTO EN EL EXILIO

Uno de los momentos más críticos de los tres años de enfrentamiento civil se registró al finalizar la contienda. Por temor a las represalias, millares de republicanos huyeron despavoridos de sus casas con la intención de cruzar lo antes posible la frontera francesa. El recibimiento que les dispensó el país vecino, como es sabido, distó mucho del esperado, y por lo general se vieron a los pocos días internados en condiciones deplorables en campos de concentración<sup>5</sup>. El apoyo que recibieron entonces de diversos simpatizantes con la causa republicana —de manera individual o agrupados en organizaciones— fue vital para muchos de ellos. En no pocas ocasiones, estos simpatizantes eran profesionales que con anterioridad a la guerra habían colaborado con instituciones españolas, bien recibiendo estudiantes en sus centros de trabajo, bien impartiendo cursos en España o llevando a cabo trabajos de investigación en territorio español. En momentos tan críticos procuraron facilitar la vida a los refugiados y en ocasiones les ofrecieron la oportunidad de incorporarse temporalmente a sus centros de investigación.

Tal fue el caso del oceanógrafo Fernando de Buen, quien tras varios días en el campo de concentración de Saint Cyprien, logró reunirse con su familia en Banyul-sur-Mer para incorporarse al Laboratorio Aragón, dirigido por el Profesor Chatton, en donde su padre Odón y él mismo habían realizado investigaciones años atrás<sup>6</sup>. En Toulouse se congregó un número aún mayor de profesores españoles —Enrique Rioja, José Royo, Faustino Miranda, Odón de Buen, Cándido Bolívar, etc.—, protegidos por el geógrafo Jean Sermet, gran amigo de España, cuyo territorio había recorrido en diversas excursiones<sup>7</sup>.

Por el hecho de que la JAE había sido la principal institución responsable de fomentar las relaciones culturales con el extranjero, debemos atribuirle el mérito insospechado de haber facilitado que muchos profesionales recibieran una atención especial durante los primeros meses de exilio. Los médicos Isaac Costero y Dionisio Nieto, por ejemplo, encontraron un eventual refugio en el Hospital parisino de la Pitié, dirigido por Clovis Vincent, donde habían trabajado unos años antes con el apoyo de la JAE<sup>8</sup>. De modo similar, el botánico Faustino Miranda pudo incorporarse por un tiempo al Muséum National d'Histoire Naturelle de París, gracias a la ayuda de Pierre Allorge, jefe del Laboratorio de Criptogamia del mismo, y de Gontran Hamel<sup>9</sup>, a quienes había conocido en 1931, durante una estancia de investigación en Francia que realizó como becario de la JAE.

Los ejemplos anteriores y otros muchos que podrían ilustrar estos crepusculares beneficios de la JAE, no deben ocultar las limitaciones de los apoyos que recibieron

<sup>5</sup> DREYFUS-ARMAND, 2000.

<sup>6</sup> BUEN, 2003: 499-501.

<sup>7</sup> *Carta de José Royo a José Cuatrecasas, Toulouse, 4-02-1939*. Archivo del Real Jardín Botánico, Madrid (ARJB), XV,2,1,153. Cf. también BUEN, 2003: 501.

<sup>8</sup> COSTERO, 1977: 182-186.

<sup>9</sup> *Carta de José Cuatrecasas a Faustino Miranda, París, 15-03-1939*. ARJB, XV,2,1,23.

los exiliados de sus colegas europeos, debido al escaso compromiso de sus países con la causa republicana y a los acontecimientos bélicos que se precipitaron poco después. En consecuencia, la mayor parte de los profesores españoles no tardó en buscar el modo de huir a Latinoamérica para rehacer allí su vida profesional.

En el contexto latinoamericano, sin embargo, la proyección de la JAE había sido más discreta; su política había consistido principalmente en apoyar el traslado de profesores españoles de reconocido prestigio, en general por petición de asociaciones de emigrantes, para que impartieran cursos y conferencias durante varios meses<sup>10</sup>. Aunque no fueron muchos los profesores que participaron en este programa —apenas unas decenas—, tendieron algunos puentes que permitieron la integración de un número considerable de exiliados en diversas instituciones académicas.

Fue el caso del matemático Julio Rey Pastor, quien viajó por primera vez a Argentina en 1917, comisionado por la JAE, para ocupar la cátedra de la Institución Cultural Española de la capital. Dictó cursos en diversas universidades y pronunció conferencias en asociaciones culturales. A partir de entonces siguió viajando año tras año a este país y desde 1920 simultaneó sus compromisos académicos en España con una plaza de profesor titular en la Universidad de Buenos Aires<sup>11</sup>. Tras la victoria franquista se estableció definitivamente en Argentina, desde donde ayudó a diversos matemáticos españoles, como Ernesto Corominas, Manuel Balanzat, Luis Ángel Santaló y Pedro Pi Callejas —quizá también Francisco Vera—, asumiendo en algunos casos los gastos del traslado a Argentina y consiguiéndoles plazas de profesor en diversas universidades<sup>12</sup>. De este modo consiguió consolidar en este país una importante escuela matemática.

Otro eminente científico que ocupó la cátedra de la Cultural Española de Buenos Aires, fue Pío del Río-Hortega, en 1925. La estancia le permitió estrechar contactos con científicos que años más tarde, en 1941, después de un primer exilio en la Universidad de Oxford, hicieron posible que se cumpliera su deseo de trasladarse a Buenos Aires para asumir la dirección de un laboratorio de investigaciones histológicas<sup>13</sup>.

Una suerte similar corrió el historiador Claudio Sánchez Albornoz. En 1933 había viajado por Argentina y Uruguay, comisionado por la JAE, impartiendo cursos y conferencias en universidades y centros culturales. Tras la guerra civil, Rafael Vehils, presidente de la Institución Cultural Española de Buenos Aires, le ofreció una cátedra en la Universidad de Mendoza. En junio de 1942 fue contratado por la Universidad de Buenos Aires, donde se creó expresamente para él la cátedra y el Instituto de Historia de la Cultura española<sup>14</sup>.

<sup>10</sup> FORMENTÍN IBÁÑEZ y VILLEGAS SANZ, 1992: 91-108.

<sup>11</sup> Cf. ESPAÑOL GONZÁLEZ, 1990. MILLÁN GASCA, 1988, entre los estudios más recientes sobre la vida y obra de este matemático.

<sup>12</sup> GARCÍA CAMARERO, 1978: 204; GIRAL, 1994: 88-89. Agradezco al profesor José Cobos el haberme facilitado información de gran valor sobre la relación entre Rey Pastor y Vera.

<sup>13</sup> RIERA PALMERO, 2002: 133.

<sup>14</sup> FORMENTÍN IBÁÑEZ y VILLEGAS SANZ, 1992: 136-137.

En Colombia merece destacarse la actuación del botánico José Cuatrecasas, que había visitado por primera vez el país en 1932, comisionado por el Gobierno español, para asistir al homenaje a Celestino Mutis con ocasión del bicentenario de su nacimiento y de paso realizar estudios de la vegetación<sup>15</sup>. Gracias a los contactos que estableció entonces y en los años siguientes con personalidades de la vida cultural y política de Colombia, como Germán Arciniegas y Enrique Pérez Arbeláez, consiguió que el gobierno liberal de Eduardo Santos abriera las puertas a un nutrido grupo de profesores españoles<sup>16</sup>, aunque no todos emprendieron el viaje.

Por otra parte, los éxitos cosechados por la JAE no tardaron en despertar la admiración de los intelectuales latinoamericanos, y muchos de ellos viajaron a España para empaparse del panorama cultural y conocer personalmente el funcionamiento de la institución; no podían sospechar que unos años después iban a ser los anfitriones de sus colegas españoles. Entre los mexicanos es obligado destacar los nombres de Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, principales responsables —como presidente y secretario, respectivamente— de La Casa de España en México (desde octubre de 1940 El Colegio de México). Ambos trabajaron en el Centro de Estudios Históricos de la JAE —Reyes en la sección de Filología dirigida por Ramón Menéndez Pidal— e intimaron con algunas de las figuras más señeras de las letras españolas. También el intelectual cubano José María Chacón, director de Cultura de la Secretaría de Educación y presidente del Ateneo de La Habana, colaboró durante varios años con el Centro de Estudios Históricos. Entre los científicos podemos mencionar, entre otros, a Isaac Ochotorena, Manuel Martínez Báez, José Joaquín Izquierdo y Clemente Villaseñor. No es de extrañar que tras la guerra civil, todos ellos se convirtieran en firmes protectores de los exiliados.

## 2. LOS EX-BECARIOS DE LA JAE, LA POTENCIA INTELECTUAL DEL EXILIO

El exilio republicano ha pasado a la historia como ejemplo de integración cultural. En México, principal país de acogida, los refugiados no tardaron en

<sup>15</sup> GONZÁLEZ BUENO, 5 (Madrid, 1983): 12.

<sup>16</sup> En marzo de 1939 consiguió que el Gobierno colombiano expidiera pasaporte con exención de impuestos de entrada a los siguientes profesores (y sus familias): [Ricardo] Vinós, José Royo, Enrique Rioja, Pedro Carrasco, José María Ots Capdequí, Aguilar [parece tratarse de Juan María Aguilar Calvo, director adjunto del Centro de Estudios Históricos de América, que dirigió Ots Capdequí], el psiquiatra Sacristán, el abogado Antonio Moles, el lingüista Rafael Lapesa y Martín Navarro, profesor de Filosofía del Instituto Escuela de Madrid (*Carta de Cuatrecasas a Cándido Bolívar, París, 8/03/1939*, ARJB, XV,2,1,14). Tres años después volvió a intervenir ante Arciniegas para que se diera asilo a Felipe A. Cabezas (catedrático de Filosofía de Madrid) y Serafín García (director de grupos escolares y especializado en cuestiones pedagógicas) (*Carta de Cuatrecasas a Germán Arciniegas, Bogotá, 18/01/1939*, ARJB, XV,2,2,3). Probablemente estuvo involucrado también en la acogida de los médicos Miguel de Garganta Fábregas y Francisco Carreras Reura.

hacer desvanecer las reservas de ciertos sectores de la población<sup>17</sup>, y en ganarse el respeto y el aprecio de los profesionales nativos. Aunque el número de exiliados en Argentina, Chile, Brasil, Colombia, Cuba, Puerto Rico, Venezuela o República Dominicana fue considerablemente menor, también en estos países dejaron una estela cultural que a día de hoy se sigue recordando con agradecimiento. La razón de esto radica en la excelente formación de los exiliados y su experiencia profesional, que pusieron al servicio de sus patrias de adopción. Ya hemos visto que la JAE había sido en buena medida responsable de estos logros culturales, mediante iniciativas como el Instituto-Escuela (creado en 1918 para reformar la segunda enseñanza), el establecimiento de nuevos centros de investigación y el programa de pensiones en el extranjero. Por este motivo podemos considerar la valiosa labor profesional desplegada por los exiliados como el producto más maduro de la JAE. Veamos algunos ejemplos.

Alemania fue uno de los destinos preferidos por los becarios de la JAE; universidades como las de Berlín, Marburgo, Munich o Halle recibieron estudiantes españoles para completar sus estudios con destacadas figuras de las Ciencias y las Letras. En Halle, por ejemplo, impartía clases el jurista Rudolf Stammler, uno de los máximos representantes de la filosofía neokantiana, con el que trabajaron por unos meses, con apoyo de la JAE, Demófilo de Buen Lozano, Luis Recaséns Siches, José Urbano Guerrero y Wenceslao Roces Suárez<sup>18</sup>. La influencia que ejerció el maestro alemán en estos jóvenes sería determinante en sus trayectorias profesionales; Demófilo de Buen, por ejemplo, desplegaría una extensa obra jurídica inspirada en buena medida en su pensamiento, y difundiría sus teorías en España y, tras la guerra civil, en México y Panamá. El dominio del idioma alemán y una excelente formación humanística permitieron a Wenceslao Roces traducir y difundir en México textos clásicos de autores como Werner Jaeger, Wilhelm Dilthey, Erwin Rhode, Jacob Burckhardt, Ernst Cassirer, Karl Marx o el mismo Stammler.

Con el jurista alemán Franz von Liszt, de la Universidad de Berlín, principal representante de la Escuela Sociológica y fundador de la Unión Internacional de Derecho Penal, estudiaron Faustino Ballvé Pallisé y Luis Jiménez de Asúa<sup>19</sup>. En este último ejercería una influencia decisiva; tradujo al castellano su obra *Tratado de Derecho Penal* y dio a conocer sus teorías en Argentina y México<sup>20</sup>. Stammler, Liszt y otros juristas europeos como Herman Heller, Rudolf Smend, James Paul Goldschmidt, Edmund Mezger, Georg Simmel o Hans Kelsen, con los que se formaron los abogados españoles becados por la JAE, explican la im-

<sup>17</sup> PÉREZ VEJO, 2001.

<sup>18</sup> Cf. las solicitudes de pensión e informes de las estancias. Archivo de la JAE, Madrid (AJAE), Caja 24, Exp. 517 (Demófilo de Buen Lozano); Caja 121, Exp. 72 (Luis Recaséns Siches); Caja 124, Exp. 250 (Wenceslao Roces Suárez), y Caja 145, Exp. 25 (José Urbano).

<sup>19</sup> Cf. las solicitudes de pensión e informes de las estancias. AJAE, Caja 15, Exp. 53 (Faustino Ballvé Pallisé), y Caja 81, Exp. 33 (Luis Jiménez de Asúa).

<sup>20</sup> BACIGALUPO, 1993. RIVACOBA Y RIVACOBA, XII / 48 (Buenos Aires, 1989).

portante contribución al Derecho que llevaron a cabo los exiliados en los diversos países de adopción.

En el ámbito científico tenemos otros muchos ejemplos parecidos. Antes de la guerra civil, los psiquiatras Dionisio Nieto y Ángel Garma ampliaron estudios con apoyo de la JAE en algunas de las mejores instituciones de su especialidad de Alemania y Austria: en diversos centros de Tübingen, Berlín y Viena, en el caso de Garma, interesado por el método psicoanalítico, que pudo estudiar gracias a estas estancias con Sigmund Freud y Alfred Adler<sup>21</sup>; en el Instituto Max Planck de Munich y en clínicas universitarias de Berlín y Hamburgo, en el de Nieto, volcado a la neuropsiquiatría<sup>22</sup>. Con estos antecedentes, no es de extrañar que ambos se convirtieran en figuras destacadas de la psiquiatría en sus respectivos países de acogida: Garma en Argentina, donde ejerció el psicoanálisis y presidió la Asociación Psicoanalítica Argentina<sup>23</sup>, y Nieto en México, donde supo enlazar lo mejor de la psiquiatría alemana con las técnicas de la escuela histológica de Cajal, tanto en la labor clínica (en el Manicomio General de la Secretaría de Salubridad) como en los trabajos de investigación (en el Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos de la UNAM)<sup>24</sup>.

También el histopatólogo Isaac Costero supo enriquecer la herencia de Cajal, que asimiló de la mano de Pío del Río-Hortega, acaso el discípulo más destacado del Nobel español, con la tradición histopatológica alemana, con la que se familiarizó durante una estancia de dos años en el Pathologische Institut de Berlín y en el Ehrlich Institut de Frankfurt<sup>25</sup>. Tras la guerra civil recibió diversas invitaciones para incorporarse a prestigiosos grupos de investigación; optó por afincarse en México, donde trabajó en el Instituto Nacional de Cardiología, con el médico Ignacio Chávez, y en la Universidad Nacional Autónoma de México<sup>26</sup>. Por la calidad de sus aportaciones originales y por su capacidad para formar discípulos, en opinión de Giral merece ser considerado «el científico exiliado de más categoría»<sup>27</sup>.

En el terreno de la química, México recibió en el grupo de exiliados a dos científicos que con el apoyo de la JAE se habían formado con dos premios Nobel: Antonio Madinaveitia, que fue discípulo en Zurich y Berlín de Richard Willstätter, y Francisco Giral, alumno en España del primero, quien trabajó durante dos años en Heidelberg bajo la tutela de Richard Kuhn (con anterioridad había realizado estudios también en la Universidad de Munich)<sup>28</sup>. Ambos desplegaron en México una extraordinaria actividad académica y formaron equipos de

<sup>21</sup> Cf. Solicitudes de pensiones. AJAE, Caja 65, Exp. 397 (Ángel Garma Zubizarreta).

<sup>22</sup> Cf. Solicitudes de pensiones. AJAE, Caja 106, Exp. 85 (Dionisio Nieto Gómez).

<sup>23</sup> CARPINTERO, 2001: 37. GIRAL, 1994: 256-257. GUERRA, 2003: 776.

<sup>24</sup> GIRAL, 1994: 249-255. GUERRA, 2003: 579-580.

<sup>25</sup> Cf. Solicitudes de pensiones. AJAE, Caja 39, Exp. 669 (Isaac Costero Tudanca).

<sup>26</sup> COSTERO, 1977: 194. GUERRA, 2003: 543.

<sup>27</sup> GIRAL, 1994: 185.

<sup>28</sup> GIRAL, 1994: 314-326.

investigación volcados en cuestiones útiles para el país, como la explotación de los recursos naturales.

Los ejemplos anteriores nos muestran que los exiliados no sólo aportaron a sus países de acogida lo más valioso de la cultura española, ese fruto largamente gestado en los círculos liberales que había transformado la sociedad desde valores como la educación, la justicia social o la libertad religiosa; también lo mejor de la cultura europea, que asimilaron en países como Alemania, Francia, Gran Bretaña o Italia. Obviamente, ambas vertientes no estaban reñidas: los avances registrados en Europa habían servido como motor de renovación de la cultura en España. Quizá esta lectura de las teorías de vanguardia europeas realizada desde una óptica propiamente española haya sido una característica de buena parte de las aportaciones de los exiliados; recordemos, por ejemplo, la interpretación que hace María Zambrano en clave heideggeriana del pensamiento de Unamuno y Antonio Machado<sup>29</sup>, o el enriquecimiento que supuso para la escuela de Cajal que algunos de sus miembros, como Dionisio Nieto o Isaac Costero, se familiarizaran con los procedimientos practicados por neurólogos e histopatólogos extranjeros. Este sincretismo cultural, registrado en castellano, fue valorado con simpatía en los países latinoamericanos, que por lo general recibían las novedades de EEUU, y sin duda hizo más fácil la integración de los refugiados.

Pero los exiliados no sólo introdujeron conocimientos; también trasplantaron las complejas redes culturales —nacionales e internacionales— que habían sido alimentadas durante décadas por la JAE. Al tomar tierra en ultramar, estas redes se modificaron: algunas desaparecieron o buscaron nuevos cauces, entraron en juego redes latinoamericanas ya establecidas y se crearon espontáneamente otras nuevas para mantener comunicados a los profesionales españoles desperdigados por el exilio. Un proyecto tan importante como la revista *Ciencia*, editada por los exiliados durante más de tres décadas (desde 1940 hasta 1975)<sup>30</sup>, no puede entenderse sin este intrincado universo de redes, que confirieron a esta publicación periódica un carácter cosmopolita, ya que en ella participaron científicos de prácticamente todo el mundo.

### 3. LA JAE Y LAS INSTITUCIONES LATINOAMERICANAS

La victoria franquista provocó un gran vacío en las instituciones académicas españolas. El aparato represor del régimen apartó de sus puestos y persiguió con dureza a aquéllos que de algún modo habían simpatizado con la causa republicana. Esto provocó el desmantelamiento de buena parte de los grupos de investigación, incluidos obviamente los de la JAE, como el Laboratorio de Investigaciones Físicas, auténtico bastión de la física y la química españolas, en el que trabajaron

<sup>29</sup> ZAMBRANO, VIII / 42 (Buenos Aires, 1938): 85-87.

<sup>30</sup> ALEIXANDRE BENAVENT *et al.*, 2003. PUIG-SAMPER MULERO, 2001.

científicos de la altura de Blas Cabrera (su director), Miguel Catalán, Enrique Moles, Arturo Duperier, Antonio Madinaveitia, Manuel Martínez-Risco, Julio Palacios, Santiago Piña o Juan Cabrera. Todos ellos habían recibido una exquisita formación en el extranjero y habían llevado a cabo investigaciones originales de gran calidad. Cabrera falleció en 1945, en México<sup>31</sup>; sus compañeros se dispersaron por distintos países o padecieron el ostracismo del exilio interior<sup>32</sup>.

Otros grupos corrieron con mayor suerte y después de muchos avatares lograron recomponerse fuera de España. La prestigiosa escuela catalana de fisiología, por ejemplo, se vio fragmentada en dos tras la guerra. Una parte siguió a su director Augusto Pi Suñer a Venezuela, donde con el apoyo del gobierno puso en marcha el Instituto de Medicina Experimental, dependiente de la Universidad de Caracas, en el que pudo dar continuidad a sus investigaciones<sup>33</sup>; otros miembros destacados, como Jaime Pi Suñer, Alberto Folch Pi, Rosendo Carrasco, José Puche y Antonio Oriol Anguera, se exiliaron a México y reanudaron sus investigaciones en los laboratorios de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional.

El Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, centro dependiente de la JAE, ofrece otro ejemplo interesante. Su director, el entomólogo Ignacio Bolívar, tenía 89 años cuando llegó como refugiado político a México («para morir con dignidad», declararía); por su precaria salud, poco más pudo hacer que atender con dificultad algunos pequeños encargos de La Casa de España en México, que le sufragaba una pensión<sup>34</sup>. Pero por el respeto y el cariño que suscitaba su persona entre los científicos españoles, el anciano zoólogo actuó como elemento aglutinador de los naturalistas exiliados, que en más de un sentido se comportaron ante las fatalidades del destino como una gran familia. Muchos de estos naturalistas se exiliaron a México y trabajaron en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional, donde no tardaron en ocuparse de la dirección de buena parte de sus laboratorios. Durante décadas realizaron expediciones científicas colectivas por el territorio mexicano, como antes lo habían hecho por el español, incorporando a alumnos y colegas mexicanos; se integraron en grupo en la Sociedad Mexicana de Historia Natural y editaron la revista *Ciencia*; colaboraron en diversos proyectos, como el estudio de formas biológicas cavernícolas, y durante muchos años mantuvieron la costumbre de reunirse en tertulia los domingos en la casa de los Bolívar, en la plaza Río de Janeiro de Ciudad de México.

La trayectoria profesional de estos naturalistas siguió una evolución variable. Por lo general, los más veteranos, como Cándido Bolívar o Enrique Rioja, conti-

---

<sup>31</sup> GONZÁLEZ REDONDO y VILLANUEVA VALDÉS, XXIV / 51 (Zaragoza, 2001). SÁNCHEZ RON, 18 (Madrid, 1993).

<sup>32</sup> GARCÍA CAMARERO, 1978: 220. SÁNCHEZ RON, 1999: 218-223.

<sup>33</sup> RIERA PALMERO, 2002: 137-146.

<sup>34</sup> ENRÍQUEZ PEREA, 77 (México, D.F., 1999): 115-118.

nuaron con pocas diferencias las investigaciones que habían realizado en España, simplemente adaptándolas a las especies mexicanas. Por el contrario, los más jóvenes con frecuencia se esforzaron por reorientar sus investigaciones a las prioridades de México. Dionisio Peláez, por ejemplo, uno de los científicos más jóvenes de la escuela entomológica madrileña, tuvo que dejar para sus ratos de ocio el estudio de los Membrácidos, su especialidad en España, para dedicarse a la parasitología, disciplina con muchas posibilidades en México en la que no tardó en destacar<sup>35</sup>. En conjunto formaron numerosos discípulos —entre ellos varios españoles que llegaron muy jóvenes a México, como Gonzalo Halffter, Fernando de la Jara o Eulogio Bordas— que pueden considerarse herederos legítimos de la escuela de naturalistas del Museo<sup>36</sup>.

Por otra parte, la JAE parece haber inculcado a los exiliados la convicción de que para mejorar la ciencia y la cultura resultaba imprescindible contar con buenas instituciones, pues a medida que fueron consiguiendo cierta estabilidad laboral, se fueron involucrando en proyectos de creación de nuevos centros de investigación, en general inspirados en las experiencias que traían de España. El gran impacto que tuvieron los exiliados españoles en sus países de acogida se debe en buena medida a esta dimensión de su quehacer profesional. El botánico asturiano Faustino Miranda es un buen ejemplo; en la actualidad está reconocido como el modernizador de la botánica mexicana, tanto por su producción florística y fitogeográfica como por el impulso que confirió a la institucionalización de la disciplina en México. En esta segunda faceta suya hay que destacar dos proyectos a los que se entregó en cuerpo y alma: la creación, en 1951, de un Instituto Botánico en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, constituido por un jardín botánico —considerado en su tiempo el más completo en plantas tropicales de Latinoamérica— y un museo provisto de herbario y de laboratorios de investigación, y el establecimiento, seis años después, del Jardín Botánico de la UNAM, núcleo de una escuela de botánicos formada por algunos de sus discípulos más distinguidos<sup>37</sup>. Ambos proyectos comparten una misma inquietud que hunde sus raíces en un episodio esencial de la juventud de Miranda: sus años de formación en el Real Jardín Botánico de Madrid, centro dependiente de la JAE, que grabaron en él una forma de entender los jardines botánicos, no como un lugar de mera exhibición del exotismo vegetal sino como un elemento medular del conocimiento botánico, en sus tres vertientes: divulgativa, formativa y de investigación.

Otros exiliados compartieron este interés de crear instituciones similares a las que habían protagonizado el mediodía de la ciencia española. Dionisio Peláez, por ejemplo, se entregó con un fervor inusual —causa más tarde de decepciones—, en calidad de realizador técnico, al establecimiento del Museo de Historia Natural de

<sup>35</sup> HOFFMANN, 105 (México, D.F., 1999).

<sup>36</sup> DOSIL MANCILLA, 4 (Madrid, 2004a): 46-50.

<sup>37</sup> RZEDOWSKI, 24 / 5-6 (México, D.F., 1966): 171-176.

Ciudad de México<sup>38</sup>, erigido en el Bosque de Chapultepec, movido por los recuerdos del Museo madrileño, donde había dado sus primeros y decisivos pasos como investigador. En hidrobiología, las estaciones marítimas, que habían sido el eje de desarrollo de esta disciplina en España desde finales del siglo XIX, y las campañas del Instituto Español de Oceanografía inspiraron diversas iniciativas de exiliados, como la reactivación por parte de Fernando de Buen de la Estación Limnológica de Pátzcuaro (México), como centro de formación e investigación, y la participación de Enrique Rioja y del mismo De Buen en las actividades de la Estación de Biología marina de Montemar, en Chile<sup>39</sup>. En el ámbito de humanidades, el abogado Javier Malagón Barceló, discípulo de Rafael Altamira, organizó el Programa de Becas y Cátedras de la Organización de Estados Americanos (OEA), de la que fue secretario general, siguiendo el modelo de la JAE<sup>40</sup>.

A continuación analizaremos algunas instituciones culturales creadas en Latinoamérica en las que participaron activamente los profesores españoles y que llevaron la marca inequívoca de la JAE. La mayor parte surgieron en México, y no es extraño pues fue el único país que abrió sus fronteras a los republicanos sin apenas restricciones. Para asegurar una adecuada integración de los profesores españoles en la sociedad mexicana, el gobierno cardenista creó, en julio de 1938, La Casa de España en México. La nueva institución actuó en cuatro frentes: invitando al país a docentes de prestigio para que dictasen cursos y conferencias; mediando entre los refugiados y las principales instituciones académicas mexicanas; apoyando económicamente proyectos útiles para México presentados por exiliados, y creando centros de investigación donde los españoles pudieron reanudar sus estudios y formar discípulos<sup>41</sup>.

Sabemos por otra parte que el gobierno de la República en el exilio aspiró, en los comienzos del destierro, a crear en México un centro de estudios de todas las culturas del continente americano, con un carácter similar al de la JAE<sup>42</sup>. Aunque el proyecto no cuajó, como veremos a continuación, el espíritu de la JAE pervivió en otras iniciativas que llegan hasta nuestros días.

### 3.1. El Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos de la UNAM

La creación de este laboratorio de investigación básica se debió a un apoyo económico que ofreció la Fundación Rockefeller al fisiólogo Jaime Pi Suñer, a su paso por Nueva York cuando se trasladaba como exiliado a México. La organización norteamericana condicionó su ayuda, que finalmente se concretó en cinco mil

<sup>38</sup> HOFFMANN, 105 (México, D.F., 1999): 5

<sup>39</sup> DOSIL MANCILLA Y CREMADES UGARTE, 2004: 497-517.

<sup>40</sup> ABELLÁN, 1978: 356.

<sup>41</sup> LIDA, 1988.

<sup>42</sup> MANCIBO, 1990: 59.

dólares, a que se emplease en el equipamiento de un nuevo laboratorio en el que trabajarían los exiliados españoles (inicialmente Jaime Pi Suñer, Rosendo Carrasco Formiguera e Isaac Costero)<sup>43</sup>. Estas condiciones crearon cierto malestar en algunos fisiólogos mexicanos, pues en la Escuela Nacional de Medicina de la UNAM ya existía un Departamento de Fisiología y estaba proyectada la creación de un Instituto de Fisiología y Farmacodinamia en el Instituto Politécnico Nacional; en consecuencia, con cierta lógica consideraban más oportuno repartir a los médicos españoles entre los diversos grupos de investigación mexicanos, «para sumar sus labores en bien del progreso y desarrollo de los mismos»<sup>44</sup>, y emplear el dinero en mejorar las condiciones de los laboratorios ya instalados. No hay que olvidar que en México ya existía un importante núcleo de fisiólogos, varios de ellos discípulos del profesor Walter B. Cannon, de la Universidad de Harvard, con quien también se habían formado Jaime Pi Suñer y otros médicos españoles.

La intervención del presidente de La Casa de España en México fue en este punto decisiva: se ofreció a correr con los gastos de acondicionamiento del nuevo edificio (por un valor de siete mil pesos) y a sufragar los salarios de los tres investigadores españoles y de algunos ayudantes<sup>45</sup>. Además se acordó que el laboratorio se establecería en las dependencias de la Escuela Nacional de Medicina y que la dirección quedaría bajo responsabilidad de un profesor de esta Escuela, finalmente Ignacio González Guzmán. Con estas iniciativas, La Casa de España abrigaba la idea de reunir en un mismo centro de investigación a algunas de las figuras más señeras de la medicina española. Incluso procuró incorporar al centro a Pío del Río-Hortega, pero ya tenía otros compromisos.

Parece que al menos en septiembre de 1939 ya estaba proyectada la creación del nuevo laboratorio<sup>46</sup>, si bien su establecimiento se demoró un año —se inauguró oficialmente el 30 de noviembre de 1940— y aún en marzo de 1941 faltaba equipo básico de investigación<sup>47</sup>. Durante este tiempo, Pi Suñer trabajó provisionalmente en los laboratorios del Departamento de Fisiología dirigido por José Joaquín Izquierdo, y Carrasco se ocupó de la cátedra de Fisiología general del Instituto Politécnico Nacional; Costero, por su parte, continuó trabajando como jefe de Anatomía patológica del Hospital General. El nuevo centro estuvo ubicado en las azoteas de la entonces Escuela de Medicina, en la plaza de Santo Domingo de Ciudad de México. Inicialmente contaba con sólo dos habitaciones y con un equipo de

---

<sup>43</sup> Carta de Jaime Pi Suñer a José Joaquín Izquierdo. México, D.F., 2-08-1940. Reproducida en parte en IZQUIERDO, 1966: 246-247.

<sup>44</sup> IZQUIERDO, 1966: 248.

<sup>45</sup> Carta de Alfonso Reyes a Gustavo Baz, México, D.F., 13-04-1940. Reproducida en ENRIQUEZ PEREA, 2000: 192-193.

<sup>46</sup> *Carta de Jaime Pi Suñer a Alfonso Reyes, Médico, D.F., 5-09-1939*. Archivo Histórico de El Colegio de México, México (AHCOLMEX), Fondo Antiguo, Caja 19, Exp. Jaime Pi Suñer.

<sup>47</sup> *Carta de Rosendo Carrasco Formiguera a Daniel Cosío Villegas. México, D.F., 5-12-1941*. AHCOLMEX, Fondo Antiguo, Caja 4, Exp. Rosendo Carrasco Formiguera.

investigación muy limitado, lo cual no impidió que desde el primer momento continuaran con los estudios de primer orden que estos científicos venían desarrollando en España. En mayo de 1943 pasó a depender exclusivamente de la UNAM y algo después se trasladó a la ciudad universitaria, donde continúa en la actualidad con el nombre de Instituto de Investigaciones Biomédicas, «uno de los centros más significativos en la investigación biológica actual de México»<sup>48</sup>.

A medida que el proyecto iba madurando, se fueron incorporando nuevos científicos, como los neuropsiquiatras Dionisio Nieto, Sixto Obrador y Gonzalo Rodríguez Lafora, el oftalmólogo Manuel Rivas Chérif y el médico mexicano Clemente Villaseñor; de este modo fueron asumiendo mayor protagonismo los estudios neuropsiquiátricos, de tal manera que cuando en julio de 1941 se asignó un nombre definitivo al centro, se optó por Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos, que hacía énfasis en la pluralidad de investigaciones y además evitaba rivalidades con los fisiólogos. En definitiva, el laboratorio no tardó en seguir la estela del Instituto Cajal de Madrid, como al parecer había sido el interés inicial de la Fundación Rockefeller<sup>49</sup> y probablemente también de La Casa de España.

El centro quedó dividido en cuatro secciones: Neuroanatomía y Neuropatología, supervisada por Nieto y Rodríguez Lafora; Anatomía Patológica, a cargo de Costero; Neurofisiología, dirigida por Pi Suñer y Carrasco Formiguera, y Citología a cargo de González Guzmán y Villaseñor. Poco a poco, la mayor parte de estos investigadores se fueron trasladando a otros centros, salvo Dionisio Nieto, que permaneció en el Laboratorio hasta el final de sus días. Carrasco Formiguera se trasladó en 1941 a la Universidad de Puebla y desde 1949 residió en Venezuela. Jaime Pi Suñer se estableció en 1944 en EEUU; lo sustituyó en el Laboratorio Efrén del Pozo. Por las mismas fechas también abandonó el centro Costero, para concentrar sus actividades en el recién creado Instituto Nacional de Cardiología; Sixto Obrador regresó a España a finales de los 40, y Rivas Chérif asumió la jefatura de servicios del hospital de la Asociación para Evitar la Ceguera de México.

El Laboratorio fue la primera institución de México que se dedicó específicamente a la investigación neuropsiquiátrica<sup>50</sup>. Los resultados científicos vieron la luz en el *Boletín* editado por el propio centro y en otras revistas nacionales e internacionales. Algunas de las contribuciones más destacadas surgieron de la colaboración con el centro psiquiátrico «La Castañeda», en la investigación de las alteraciones histológicas de cerebros enfermos (por psicosis alcohólica, epilepsia, esquizofrenia, etc.) y en el diagnóstico de la cisticercosis cerebral, una parasitosis frecuente en México que produce una sintomatología variada de muy difícil identificación<sup>51</sup>. En el contexto del exilio, fue además un ejemplo de inte-

<sup>48</sup> GIRAL, 1994: 215.

<sup>49</sup> NIETO, 1990: 15.

<sup>50</sup> NIETO, 1990: 15.

<sup>51</sup> FERNÁNDEZ GUARDIOLA, 1997.

gración, pues desde el primer momento los médicos españoles trabajaron conjuntamente con profesores mexicanos y con jóvenes estudiantes, algunos de los cuales destacarían en el área de las neurociencias, como Alfonso Escobar, Carlos Guzmán Flores, Augusto Fernández Guardiola o Antonio Villasana, que deben considerarse herederos lejanos de la escuela histológica de Cajal.

### 3.2. El Instituto de Química de la UNAM

El Instituto de Química fue también un proyecto precoz. Parece que cuando La Casa de España extendió la invitación al químico Antonio Madinaveitia, en abril de 1939, para que se trasladara a México desde su provisional refugio en París<sup>52</sup>, ya se tenía en mente involucrarlo en la creación de un laboratorio en el que se compaginase la formación superior con la investigación química de alto nivel. El proyecto resultaba muy oportuno ya que la economía del país reclamaba con urgencia incrementar la explotación de los recursos naturales, para lo cual resultaban imprescindibles los estudios químicos. Décadas atrás, esta labor había recaído en parte en el Instituto Médico Nacional (1888-1915) y después de éste en la Dirección de Estudios Biológicos y en su sucesor el Instituto de Biología (1929); para la parte puramente química se creó en 1917 la Escuela Nacional de Química, pero proporcionaba una formación muy elemental y los químicos que querían especializarse en la investigación debían hacerlo en el extranjero, como le ocurrió a Fernando Orozco, artífice con Madinaveitia del Instituto de Química, que se doctoró en la Universidad de Marburgo. Además, la creación del nuevo laboratorio iba a contar con el beneplácito de la Universidad Nacional, cuyo Consejo Técnico había señalado en octubre de 1938 la conveniencia de establecer un instituto por cada departamento de la Facultad de Ciencias<sup>53</sup>.

Como en otros casos, las pesquisas de la Casa de España para encontrar entre los exiliados a la persona más adecuada para participar en este proyecto no pudieron resultar más acertadas: Antonio Madinaveitia Tabuyo era el candidato perfecto. A sus 49 años de edad, para muchos se trataba del mejor químico español. Había estudiado con prestigiosos científicos alemanes y franceses, poseía experiencia docente como catedrático de Química Orgánica en la Facultad de Farmacia de la Universidad Central y —algo quizá más decisivo— estaba encargado de la Sección de Química del Instituto Nacional de Física y Química, dependiente de la JAE, que constituía el mejor modelo para el futuro Instituto de Química mexicano. También su especialidad hasta ese entonces, el estudio de los

---

<sup>52</sup> *Carta de A. Madinaveitia a A. Reyes, París, 24-04-1939*. AHCOLMEX, Fondo Antiguo, Caja 14, Carpeta 3, Exp. Antonio Madinaveitia.

<sup>53</sup> Informe de la Comisión del Consejo Universitario, México, D.F., 19-10-1938. Reproducido en ENRÍQUEZ PEREA, 2000: 341-345.

medicamentos orgánicos, resultaba particularmente interesante para los propósitos del nuevo centro.

Cuando recibió la invitación para incorporarse a México, Madinaveitia se encontraba trabajando temporalmente en el laboratorio de Química Orgánica de la Sorbona<sup>54</sup>. Llegó con su familia al país el 5 de julio de 1939 e inmediatamente se incorporó a la Escuela Nacional de Química, dirigida por Fernando Orozco. Para reanudar sus trabajos de investigación, montó nada más llegar un modesto laboratorio de estudios naturales en un pequeño local de la Escuela<sup>55</sup>, que sería el germen del Instituto de Química. En los meses siguientes trabajó con Orozco y con los responsables de La Casa de España en el establecimiento de este Instituto; tras año y medio de arduo trabajo se logró inaugurar oficialmente el 4 de abril de 1941<sup>56</sup>; en el acto, El Colegio de México (antigua Casa de España) hizo entrega a la UNAM del nuevo edificio, construido en los terrenos de la Escuela de Química a partir de unos planos del arquitecto mexicano Juan O'Gorman. La dirección quedó en manos de Orozco (hasta 1953), mientras que Madinaveitia fue nombrado jefe de investigación.

Hemos visto que El Colegio de México fue el principal responsable de la creación del Instituto de Química: asumió los gastos de la construcción del edificio, los muebles y el instrumental inicial (por un valor aproximado de 35 mil pesos), así como la biblioteca, el salario de Madinaveitia y una beca para un investigador ayudante (José Iriarte). Además tramitó una sustanciosa donación de instrumental de la Fundación Rockefeller, valorado en tres mil dólares<sup>57</sup>. En marzo de 1943, El Colegio se desvinculó del funcionamiento del Instituto, que pasó a depender exclusivamente de la UNAM; como último gesto, la institución presidida por Alfonso Reyes consiguió que el Banco de México contratara los servicios del Instituto por una suma de ocho mil pesos. Con el tiempo, el laboratorio logró afianzarse como uno de los centros de investigación más prestigiosos del país, cuya vida alcanza nuestros días.

Las investigaciones que se llevaron a cabo en el Instituto de Química tuvieron como propósito principal obtener sustancias valiosas de los recursos naturales del país. Los primeros ensayos se realizaron con gran variedad de plantas (guayule, maguey, pinos, nopal, plantas tintóreas, etc.), buscando sustancias de interés farmacológico o comercial. Otra vertiente que dio resultados interesantes fue la fabricación de sosa, necesaria para la fabricación de vidrio y jabón, a partir del

---

<sup>54</sup> *Carta de A. Madinaveitia a A. Reyes, París, 24-04-1939*. AHCOLMEX, Fondo Antiguo, Caja 14, Carpeta 3, Exp. Antonio Madinaveitia.

<sup>55</sup> *Presupuesto para el laboratorio de Estudios de productos naturales correspondiente al Instituto de Química de la Universidad. México, 25-07-1939*. AHCOLMEX, Fondo Antiguo, Caja 14, Carpeta 3, Exp. Antonio Madinaveitia.

<sup>56</sup> Correograma de A. Reyes a A. Madinaveitia, 2-04-1941. Reproducido en ENRÍQUEZ PEREA, 2000: 99.

<sup>57</sup> Carta de A. Reyes a Rodolfo Brito Foucher, México, D.F., 29-10-1942. Reproducida en ENRÍQUEZ PEREA, 2000: 133-135.

fondo salino del lago de Texcoco, situado a las afueras de Ciudad de México; el negocio resultó tan próspero que se creó una gran fábrica de álcalis, «Sosa y Texcoco», con la asesoría técnica de Madinaveitia<sup>58</sup>. Desde 1945, el Instituto editó su propio *Boletín*, donde se publicaron buena parte de los resultados de las investigaciones. Por otra parte, en el Laboratorio se formó una escuela con los químicos más destacados del país, como José Iriarte, Alberto Sandoval, José F. Herrán, Jesús Romo Armería, Octavio Mancera y Humberto Estrada.

### 3.3. El Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México

De todos los centros de investigación creados con el fin de recoger el caudal de conocimientos de los profesores exiliados, es este el que se ciñó más fielmente al modelo que tomó como inspiración, que no fue otro que el prestigioso Centro de Estudios Históricos (CEH) de Madrid, dependiente de la JAE. Es probable que esto se haya debido a que el centro madrileño era bien conocido por los que se encargaron de «trasplantarlo» a México: Daniel Cosío Villegas, Alfonso Reyes y Silvio Zavala; además, mientras que los dos laboratorios anteriores se desvincularon pronto de El Colegio de México, el CEH permaneció ligado a esta institución hasta nuestros días. En otras palabras, la creación del nuevo centro encendió el entusiasmo de los artífices de El Colegio, hombres de letras que unos años antes habían quedado prendados del CEH madrileño e incluso habían acariciado la idea de impulsar en México un proyecto similar.

El CEH de Madrid se creó el 18 de marzo de 1910 con el propósito de «promover las investigaciones científicas de nuestra historia patria en todas las esferas de la cultura»<sup>59</sup>. Sus miembros prestaron una atención especial a las cuestiones metodológicas, con la idea de desarrollar un modelo de trabajo histórico basado en «criterios científicos», que para estos profesionales se conseguía mediante un riguroso análisis de las fuentes históricas; por este motivo, una de las funciones del CEH fue rescatar el acervo histórico español. Además había un gran interés por hacer converger en la historia otras disciplinas que ayudaran a comprender al individuo en su entorno, como la geografía, la literatura, el folclore, etc. Por este motivo, el CEH madrileño estuvo organizado en secciones (inicialmente seis pero con los años llegaron a quince), cada una de las cuales se ocupaba de un aspecto de la cultura: los orígenes de la lengua española, la filosofía contemporánea, la literatura española, la historia del derecho español, etc.; en consecuencia, daba más la impresión de un centro de humanidades que de una institución dedicada estrictamente a la Historia<sup>60</sup>.

<sup>58</sup> Informes mensuales de actividades. AHCOLMEX, Fondo Antiguo, Caja 14, Carpeta 3, Exp. Antonio Madinaveitia.

<sup>59</sup> Art. 1º del Real Decreto de 18-03-1910, publicado al día siguiente en la *Gaceta de Madrid*.

<sup>60</sup> ABAD, 1988: 503.

Este modelo de investigación y el prestigio de sus investigadores, entre los que figuraban Eduardo Hinojosa, Rafael Altamira, Ramón Menéndez Pidal, Miguel Asín Palacios, José Ortega y Gasset, Claudio Sánchez Albornoz, Pedro Salinas, Américo Castro, etc., hicieron del CEH de Madrid un lugar de peregrinación de intelectuales de buena parte del mundo. Por esto no es de extrañar que los responsables de La Casa de España viesan con agrado la posibilidad de trasladar a México a algunos de sus profesores para organizar en este país un centro similar. Sirva como muestra el gesto del político y escritor Genaro Estrada, que había residido en Madrid como embajador de México entre 1932 y 1935; al encontrarse en 1937 con el pintor José Moreno Villa, le expresó que «su gran ideal consistía en crear en este país un organismo como el Centro de Estudios Históricos de Madrid, aprovechando los intelectuales españoles que iban saliendo de España o podían salir»; para este fin intentó convencer a Ramón Menéndez Pidal y a Juan Ramón Jiménez de que se trasladasen a México, y solicitó al pintor que le facilitase una lista de los profesores que podrían participar en el proyecto<sup>61</sup>.

El intelectual que puso mayor empeño en hacer realidad esta idea fue el historiador Silvio Zavala. Entre 1933 y 1936 colaboró asiduamente en las actividades del CEH; al año siguiente, nada más regresar a México, procuró sin éxito poner en marcha un centro similar en la Universidad Nacional<sup>62</sup>. Con el apoyo de Alfonso Reyes logró resucitar el proyecto a finales de 1940<sup>63</sup>, y pocos meses después, en fecha tan simbólica como el 14 de abril, se inauguró el CEH de El Colegio de México, asumiendo el mismo Zavala la dirección.

El funcionamiento del nuevo Centro estuvo inspirado en su predecesor. Tuvo como principal objetivo enseñar a los alumnos a investigar<sup>64</sup>. Además, al igual que el madrileño se preocupó por la recuperación de la documentación histórica y, como centro de investigación, puso énfasis en la consulta de fuentes primarias; no en vano, como ha señalado Clara E. Lida, «inició en México la práctica de profundizar en los temas históricos por medio de una investigación a la vez original y precisa»<sup>65</sup>.

Se procuró contar en su plantel docente con el mayor número de investigadores del CEH de Madrid. Algunos de estos profesores ya habían sido invitados por La Casa de España, pero precisamente por su prestigio tenían compromisos con otras instituciones; entre las ausencias más notables cabe señalar las de Ramón Menéndez Pidal y Claudio Sánchez Albornoz. No obstante, sí se pudo contar con la colaboración de algunos de sus discípulos más aventajados, como Agustín

<sup>61</sup> MORENO VILLA, 1976: 246. Estrada falleció al año siguiente.

<sup>62</sup> LIDA y MATESANZ, 1990: 111.

<sup>63</sup> Carta de Silvio Zavala a Alfonso Reyes, México, 16-12-1940. Reproducida en ENRÍQUEZ PEREA, 1998: 65. Al principio se propuso el nombre de Instituto de Historia, después Centro de Investigaciones Históricas y finalmente Centro de Estudios Históricos.

<sup>64</sup> LIDA y MATESANZ, 1990: 154.

<sup>65</sup> LIDA y MATESANZ, 1990: 116.

Millares Carlo, que se ocupó en el CEH de los cursos de Latín y de Paleografía, y Concepción Muedra, que se encargó de la Historia medieval de España, enraizando en México la brillante escuela medievalista liderada por su maestro Sánchez Albornoz.

El CEH de México contó también en su cuadro docente con Rafael Altamira, uno de los intelectuales españoles más emblemáticos y figura esencial en la vida del Centro madrileño. Llegó a México con 78 años de edad, en 1944, y aunque falleció a los siete años, tuvo tiempo para abrigar con su magisterio y su experiencia los primeros años del desarrollo académico de la nueva institución. Otros profesores españoles que participaron activamente en sus actividades fueron los historiadores José Miranda, Ramón Iglesia, José María Miquel i Verges y Francisco Barnés Salinas, el musicólogo Jesús Bal y Gay, el crítico del arte Rafael Sánchez Ventura, el literato José Carner, el filósofo José Gaos y el abogado Javier Malagón.

#### 3.4. El Instituto Universitario de Investigaciones Científicas y de Ampliación de Estudios de la Universidad de La Habana

Este Instituto dependiente de la Universidad de La Habana inició sus actividades en agosto de 1943<sup>66</sup>. Surgió por iniciativa de diversos intelectuales cubanos, y en último término por el rector Rodolfo Méndez Peñate, con la idea de aprovechar el paso por la isla de diversos profesores españoles para que impartieran cursos y seminarios en la Universidad<sup>67</sup>. La iniciativa cobra valor si consideramos que por su situación económica, Cuba contaba con pocas posibilidades de recibir exiliados; por lo general, éstos concebían la isla como un lugar de paso para trasladarse a otros países americanos<sup>68</sup>. Los intelectuales tenían además el inconveniente de que existían pocos espacios en los que pudiesen incorporarse laboralmente —en todo el país había una sola Universidad—; por este motivo, para poder subsistir por lo general tenían que recurrir a invitaciones para dictar conferencias de las diversas asociaciones culturales de la isla, además de la Universidad, como el Ateneo de La Habana, el Lyceum, la Institución Hispanocubana de Cultura, la Escuela Libre de La Habana y el Instituto Cubano de Altos Estudios.

---

<sup>66</sup> Su inauguración oficial tuvo lugar el 18 de febrero de 1944, a las 9:00, en el Aula Magna de la Universidad. *Carta de Salvador Vilaseca, jefe administrativo del Instituto Universitario, a María Zambrano, La Habana, 18-02-1944*. Archivo de la Fundación María Zambrano, Málaga (AFMZ), Caja 20, Carp. 175.

<sup>67</sup> «... Y aspira (...) a mantener nexos profundos y duraderos con los núcleos representativos de la cultura en el exilio y, particularmente, con las figuras más destacadas de la Universidad española del inmediato pasado al objeto de sentar bases de fecunda y sólida cooperación y reciprocidad con la Universidad española del mañana, mediante la creación de órganos comunes íntimamente vinculados y el intercambio regular de profesores y alumnos». ANÓNIMO, 50-51 (La Habana, 1943): 356.

<sup>68</sup> NARANJO OROVIO, 1988: 166.

Por otra parte, desde que se inició el exilio, antes incluso de que hubiese terminado la guerra civil, las autoridades académicas cubanas valoraron con interés la posibilidad de recibir temporalmente a profesores españoles para enriquecer la vida cultural de la isla. Incluso se establecieron comunicaciones entre La Casa de España en México y la Universidad de La Habana para trazar un plan de colaboración que permitiese a los refugiados realizar estancias cortas con fines académicos en Cuba<sup>69</sup>. El Instituto Universitario surgió precisamente con este objetivo: encauzar la participación de los exiliados en las actividades académicas cubanas. En el primer año académico, por ejemplo, de los diez profesores que colaboraron, cinco eran españoles: Gustavo Pittaluga, Antonio González Regalado, Mariano Ruiz Funes, Joaquín Xirau y María Zambrano<sup>70</sup>. Los cursos se impartían en los salones de la Universidad y podían ser teóricos, prácticos (trabajos de laboratorio) o seminarios de investigación<sup>71</sup>.

Comentarios aparte merece la fecha de creación del nuevo centro, muy tardía si su principal objetivo hubiese sido únicamente ayudar a los refugiados. Quizá pueda explicarse sencillamente considerando la ya mencionada intención de las autoridades cubanas de recibir a los profesores españoles sólo temporalmente<sup>72</sup>; pero no podemos descartar que la fecha esté relacionada con otro suceso que tuvo lugar en La Habana apenas un mes después de su inauguración: la I Reunión de la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero (UPUEE), una asociación creada cuatro años antes en París, integrada por los docentes españo-

<sup>69</sup> Cf. *Carta de Cosío Villegas a Roberto Agramonte, director del Departamento de Intercambio Cultural de la Universidad de La Habana, Ciudad de México, 17-09-1938, y la respuesta de Agramonte, La Habana, 20-12-1938*. AHCOLMEX, Fondo Alfonso Reyes, Sección: Instituciones educativas y culturales, Caja 16, Carp. 5, Exp. Universidad de La Habana. Con anterioridad, Alfonso Reyes se había puesto en contacto con su amigo José María Chacón y Calvo, director de Cultura de la Secretaría de Educación, para informarle de que estaba al frente de La Casa de España, y añade: «Tal vez se te ofrezca algo en relación con los intelectuales españoles trasladados a nuestros países». AHCOLMEX, Fondo Antiguo, Sección: Correspondencia institucional y documentos de trabajo, Caja 6, Carp. 1, Exp. José María Chacón y Calvo.

<sup>70</sup> Los cursos que impartieron fueron los siguientes. Gustavo Pittaluga: «Los factores climatológicos y alimenticios y su influencia sobre la constitución orgánica y sobre la patología local» (curso de especialización); Antonio González Regalado: «La tradición humanística de Cuba» (curso de investigación); Joaquín Xirau: «Curso de Introducción a la Filosofía», «La Analítica Trascendental de Kant» y «La República de Platón». Del curso impartido por Mariano Ruiz Funes carecemos de datos. ANÓNIMO, 50-51 (La Habana, 1943): 356. La participación de María Zambrano figura en la Tabla 1.

<sup>71</sup> Los cursos podían ser de seis tipos: de investigación, de especialización, de posgraduados, libres, de divulgación y seminarios. ANÓNIMO, 50-51 (La Habana, 1943): 356.

<sup>72</sup> En los últimos años, la colaboración de los exiliados con las instituciones académicas había ido en aumento. Entre 1939 y 1941, el único español que participó en actividades universitarias parece haber sido María Zambrano. En 1942 impartieron cursos y conferencias en la Universidad de La Habana, además de Zambrano, Joaquín Xirau, Jesús Vázquez Gayoso, José A. Aguirre, Demófilo de Buen, Gustavo Pittaluga, Luis Jiménez de Asúa, Fernando de los Ríos, Niceto Alcalá Zamora (padre e hijo) y Manuel Altolaguirre. MÉNDEZ PEÑATE, 1943: 42-49.

les en el exilio. El evento duró dos semanas —del 20 de septiembre al 3 de octubre de 1943—, durante las cuales los exiliados hicieron un balance de los primeros años de destierro y reflexionaron sobre las estrategias a seguir en los próximos meses ante los derroteros que estaba tomando la política internacional<sup>73</sup>.

Tanto la creación del Instituto Universitario como la organización de la Reunión parecen mostrar cierto interés por parte de las autoridades académicas cubanas por estrechar los lazos con el gobierno de la República, quizá ya no sólo para beneficiarse del magisterio de los exiliados, también con el propósito de mantener esa relación una vez que éstos regresasen a su patria, una posibilidad que cobraba fuerza con los últimos avances contra el fascismo. El gobierno republicano en el exilio había expresado en muchas ocasiones —también en la Reunión de la UPUEE— su voluntad de consolidar sus relaciones, una vez recuperado el poder, con los centros de investigación latinoamericanos. La creación del Instituto, cuyo nombre presentaba un parecido nada casual con el de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, pudo haber sido una manifestación más de este acercamiento.

La vida del Instituto Universitario fue breve —parece que desapareció en el verano de 1945—, quizá tanto como la esperanza de los republicanos de contar con el apoyo internacional para desbancar a los franquistas. Podemos adentrarnos en los entresijos de su funcionamiento a través de María Zambrano, residente en la isla desde enero de 1940, para quien el nuevo centro supuso la ansiada oportunidad de integrarse al medio académico cubano<sup>74</sup>. El año académico estaba dividido en dos semestres, para cada uno presentó un curso de especialización basado en conferencias y un seminario de investigación que se centraba en la lectura de textos clásicos de filosofía (Tabla 1); los estudiantes debían además presentar al final un trabajo de investigación sobre un tema acordado previamente. Los docentes podían proponer asistentes en calidad de profesores agregados; Zambrano contó con la ayuda de Rafael García Bárcena y Raúl Gutiérrez Serrano, ambos doctores en Filosofía. Los grupos estaban formados por unos diez alumnos, por lo general estudiantes de licenciatura o profesores.

Los cursos permitieron que la profesora andaluza ejerciera una notable influencia en el ámbito académico cubano; algunos de sus estudiantes no tardarían en desarrollar una meritoria carrera filosófica, como Rafael García Bárcena o, muy en especial, Rosario Rexach, discípula de Jorge Mañach, que parece haber sentido por Zambrano una particular admiración. Pero sin duda quienes mejor aprovecharon las enseñanzas de la filósofa fueron unos jóvenes poetas —Cintio Vitier, Fina García Marruz, su hermana Carmen, Eliseo Diego...—, que asistieron puntualmente a sus cursos y con frecuencia los ampliaron fuera del aula, en tertulias a las que también asistía María Zambrano. Estos poetas, vinculados al grupo

<sup>73</sup> RUIZ FUNES, 1999.

<sup>74</sup> DOSIL MANCILLA, 2004b.

Orígenes dirigido por Lezama, hallaron en su pensamiento la «razón poética» que daría sentido a sus creaciones, al proporcionarles los elementos filosóficos que requerían para plantearlas como auténticas formas de conocimiento<sup>75</sup>.

TABLA 1. Cursos impartidos por Zambrano en el Instituto Universitario. Los títulos entre paréntesis son los cursos que aparecen en el programa pero que no pudo impartir por falta de tiempo<sup>76</sup>.

	CURSO DE ESPECIALIZACIÓN	SEMINARIO DE INVESTIGACIÓN
1943-1944	«Filosofía y cristianismo» «Orígenes del hombre y del mundo moderno»	«La idea del hombre y la idea del tiempo en San Agustín» («El tiempo en la mística española»)
1944-1945	«La metafísica de la libertad» («Las reacciones antihegelianas. Desde el espíritu religioso: Kierkegaard. Desde la filosofía: Comte. Desde la teoría política: Marx»)	«La idea del tiempo y la inteligencia en Bergson» («Hombre y superhombre en Nietzsche»)

Ahora bien, el éxito del Instituto Universitario no puede ser valorado tan sólo por los cursos de Zambrano, y aunque hubo otros profesores españoles que también se volcaron en su funcionamiento, como Gustavo Pittaluga, por su corta vida no podemos hablar sino de un proyecto prometedor pero tempranamente frustrado.

#### BIBLIOGRAFÍA

ABAD, Francisco, «La obra filológica del Centro de Estudios Históricos», José Manuel Sánchez Ron (coord.), *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, 2 vols., Madrid, CSIC, vol. 2, 1988: 503-517.

ABELLÁN, José Luis (dir.), *El exilio español de 1939*, Madrid, Taurus, tomo 5, 1978.

ALEIXANDRE BENAVENT, Rafael, MICÓ NAVARRO, Juan Antonio y SOLER SAÍZ, Amparo, «La contribución científica del exilio a través de la revista *Ciencia* (1940-1975)», Josep Lluís Barona (ed.), *Ciencia, salud pública y exilio (España 1875-1939)*, Valencia, Seminari d'Estudis sobre la Ciència, 2003: 71-97.

<sup>75</sup> ARCOS, 1994: 80-96. SÁNCHEZ MEJÍAS, IV / 14 (La Habana, 1992): 19.

<sup>76</sup> Elaborada con los informes realizados por María Zambrano sobre el curso y el seminario, y las notas de sus clases. «*Instituto de Investigaciones Científicas y Altos Estudios*». AFMZ, Caja 1, Carp. 20. *Curriculum vitae de María Zambrano*. AFMZ, Caja 8, Carp. 315. «*Informe sobre curso de La Habana*». AFMZ, Caja 9, Carp. 349.

- Anónimo, «Informe sobre el Instituto Universitario de Investigaciones Científicas y de Ampliación de Estudios», *Universidad de La Habana*, 50-51 (La Habana, 1943): 355-358.
- ARCOS, Jorge Luis, *Orígenes. La pobreza irradiante*, La Habana, Letras Cubanas, 1994.
- BACIGALUPO, Enrique, *Jiménez de Asúa: un exiliado que creó escuela*, Madrid, Fundación Españoles en el Mundo, 1993.
- BUEN, Odón de, *Mis memorias*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2003.
- CARPINTERO, Heliodoro, *Los exiliados españoles y la psicología*, Valencia, UIMP / Comunidad Valenciana, 2001.
- COSTERO, Isaac, *Crónica de una vocación científica*, México, Editores Asociados, 1977.
- DOSIL MANCILLA, Francisco Javier, «Los naturalistas que perdió España. Las jóvenes promesas de la ciencia española en el exilio de 1939», *Revista de Historia Natural*, 4 (Madrid, 2004a): 46-50.
- \_\_\_\_\_, «El exilio en Cuba de María Zambrano», Antolín Sánchez Cuervo, Agustín Sánchez Andrés y Gerardo Sánchez Díaz (coords.), *María Zambrano. Pensamiento y exilio*, Morelia, Universidad Michoacana / Comunidad de Madrid, 2004b: 125-172.
- \_\_\_\_\_ y CREMADES UGARTE, Javier, «El zoólogo Enrique Rioja (1895-1963). Datos sobre su vida y su contribución a la ciencia en España y en México», Luis Español (coord.), *Actas del VIII Congreso Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, Logroño, SEHCyT / Universidad de La Rioja, 2004: 497-517.
- DREYFUS-ARMAND, Geneviève, *El exilio de los republicanos españoles en Francia: de la Guerra Civil a la muerte de Franco*, Barcelona, Crítica, 2000.
- ENRÍQUEZ PEREA, Alberto (comp.), *Fronteras conquistadas. Correspondencia Alfonso Reyes / Silvio Zavala, 1937-1958*, México, D.F., El Colegio de México, 1998.
- \_\_\_\_\_, «La generosa hospitalidad de Alfonso Reyes», *Cuadernos Americanos*, 77 (México, D.F., 1999): 110-125.
- \_\_\_\_\_, (comp.), *Exilio español y ciencia mexicana. Génesis del Instituto de Química y del Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos de la Universidad Nacional Autónoma de México (1939-1945)*, México, D.F., El Colegio de México / UNAM, 2000.
- ESPAÑOL GONZÁLEZ, Luis, *Estudios sobre Julio Rey Pastor (1888-1962)*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1990.
- FERNÁNDEZ GUARDIOLA, Augusto, *Las neurociencias en el exilio español en México*, México, D.F., FCE, 1997.
- FORMENTÍN IBÁÑEZ, Justo y VILLEGAS SANZ, María José, *Relaciones culturales entre España y América: la Junta para Ampliación de Estudios*, Madrid, MAPFRE, 1992.
- GARCÍA CAMARERO, Ernesto, «La ciencia española en el exilio de 1939», José Luis Abe-

- llán (dir.), *El exilio español de 1939*, Taurus, Madrid, vol. 5, 1978: 189-243.
- GIRAL, Francisco, *Ciencia española en el exilio (1939-1989). El exilio de los científicos españoles*, Barcelona, Centro de Investigación y Estudios Republicanos / Anthropos, 1994.
- GÓMEZ ORFANEL, Germán, «La Junta para Ampliación de Estudios y su política de pensiones en el extranjero», *Revista de Educación*, 243 (Madrid, 1976): 28-47.
- GONZÁLEZ BUENO, Antonio, «Datos biográficos y bibliográficos del profesor José Cuatrecasas Arumi», *Lazaroa*, 5 (Madrid, 1983): 11-24.
- GONZÁLEZ REDONDO, Francisco A. y VILLANUEVA VALDÉS, Miguel A., «La depuración de los científicos españoles entre 1936 y 1939. Un caso de estudio: Blas Cabrera Felipe», *Llull*, XXIV / 51 (Zaragoza, 2001): 685-703.
- GUERRA, Francisco, *La medicina en el exilio republicano*, Madrid, Universidad de Alcalá, 2003.
- HOFFMANN, Anita, «In Memoriam. Dionisio Peláez Fernández (1915-1998)», *Folia Entomologica Mexicana*, 105 (México, D.F., 1999): 1-8.
- IZQUIERDO, J. Joaquín, *Desde un alto en el camino. Visión y examen retrospectivos*, México, D.F., Libros de México, 1966.
- LAPORTA, Francisco J., RUIZ MIGUEL, Alfonso, ZAPATERO, Virgilio y SOLANA, Javier, «Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios (2ª parte)», *Arbor*, CXXVII / 499 (Madrid, 1987): 9-31.
- LARRA, Mariano José de, «La diligencia», *Artículos*, Barcelona, Planeta, 1990: 363-369.
- LIDA, Clara E., *La Casa de España en México*, México, D.F., El Colegio de México, 1988.
- \_\_\_\_\_ y MATESANZ, José A., *El Colegio de México: una hazaña cultural, 1940-1962*, México, D.F., El Colegio de México, 1990.
- MANCERO, María Fernanda, «La oposición intelectual en el exilio. La Reunión de La Habana, septiembre-octubre de 1943», Javier Tussell, Alicia Alted y Abdón Mateos (coords.), *La oposición al régimen de Franco. Estado de la cuestión y metodología de la investigación científica*, Madrid, UNED, 1990: 57-72.
- MÉNDEZ PEÑATE, Rodolfo, *Nuevas tareas culturales, docentes y edificaciones en la Universidad de La Habana durante el período rectoral 1940-1943*, La Habana, Universidad de La Habana, 1943.
- MILLÁN GASCA, Ana, *El matemático Julio Rey Pastor*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1988.
- MORENO VILLA, José, *Vida en claro (autobiografía)*, México, D.F., El Colegio de México, 1976 (1ª edición de 1944).

- NARANJO OROVIO, Consuelo, *Cuba, otro escenario de lucha. La guerra civil y el exilio republicano español*, Madrid, CSIC, 1988.
- NIETO, Dionisio, «Dionisio Nieto habla sobre su propia biografía en una entrevista que se le hizo», Adela Nieto (ed.), *La obra científica de Dionisio Nieto*, México, D.F., Instituto de Investigaciones Biomédicas, UNAM, 1990: 13-17
- PÉREZ VEJO, Tomás, «España en el imaginario mexicano: el choque del exilio», Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa Zamudio (coords.), *De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, Morelia, Comunidad de Madrid / Universidad Michoacana, 2001: 23-93.
- PUIG-SAMPER MULERO, Miguel Ángel, «La Revista Ciencia y las primeras actividades de los científicos españoles en el exilio», Agustín Sánchez Andrés y Silvia Figueroa Zamudio (coords.), *De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, Morelia, Comunidad de Madrid / Universidad Michoacana, 2001: 95-125.
- RIERA PALMERO, Juan, «Dos biólogos republicanos en el exilio: Pío del Río-Hortega y Augusto Pi y Suñer», Julián Chaves Palacios (coord.), *Política científica y exilio en la España de Franco*, Badajoz, Universidad de Extremadura / Diputación de Badajoz, 2002: 129-146.
- RIVACOBIA Y RIVACOBIA, Manuel, «La figura de Don Luis Jiménez de Asúa en el Derecho Penal», *Doctrina Penal*, XII / 48 (Buenos Aires, 1989): 803-810.
- RZEDOWSKI, Jerzy, «Datos biográficos de Faustino Miranda», *Revista Ciencia*, XXIV / 5-6 (México, D.F., 1966): 171-176.
- RUIZ FUNES, Concepción, «La Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Exilio. Motivos y razones», James Valender *et al.*, *Los refugiados españoles y la cultura mexicana. Actas de las II Jornadas*, Madrid, Residencia de Estudiantes / El Colegio de México, 1999: 435-449.
- SÁNCHEZ MEJÍAS, Rolando, «Entrevista a Cintio Vitier. Lo que he escrito, escrito está», *Unión*, IV / 14 (La Habana, 1992): 18-19.
- SÁNCHEZ RON, José Manuel, «La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas ochenta años después», José Manuel Sánchez Ron (coord.), *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, 2 vols., Madrid, CSIC, vol. I, 1988: 1-61.
- \_\_\_\_\_, «El mundo de Blas Cabrera», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 18 (Madrid, 1993): 27-48.
- \_\_\_\_\_, *Cinzel, martillo y piedra. Historia de la ciencia en España (siglos XIX y XX)*, Madrid, Taurus, 1999.
- SANTESMASES, María Jesús y MUÑOZ, Emilio, «Las primeras décadas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas: Una introducción a la política científica del régimen franquista», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 16 (Madrid, 1993): 73-94.

ZAMBRANO, María, «Antonio Machado y Unamuno, precursores de Heidegger», *Sur*, VIII / 42 (Buenos Aires, 1938): 85-87.

---

*The JAE is essential to understand and value the contributions of the exiled professors, since it laid down the course and scope of their professional trajectories. Sometimes it also determined their fates, since once in exile they benefited from the contacts established through the JAE with foreign research groups. Although in Franco's time the institution was closed, its spirit was kept alive among exiles and travelled with them to their new countries where it revived in the way of interesting institutional initiatives.*

KEY WORDS: *JAE, Spanish Republican Exile, exiled scientists, Latin America.*

---